

como celoso de la modestia? ¿ Como me atreveré á asomarme á esa ventana, desde la cual me daba sus instrucciones? ¿ No saldrá de ella una llama para devorarme? Mejor es, puesto que estoy muerta á Dios y no me queda ninguna esperanza de salvación, mejor es irme á un pais en que nadie me conozca.

Tales fueron los sentimientos á que se entregó, según san Efrén, esta jóven caida de la virtud, y tal como lo pensó lo puso en práctica. pues en lugar de confesar su falta á su tio, que la hubiera ayudado á levantarse y á hacer penitencia, no pensó más que en huir, como lo hizo, á una ciudad en que se entregó enteramente al pecado. Pero al mismo tiempo manifestó Dios á Abraham la caida de su sobrina. Parecióle ver un dragón monstruoso que se acercaba á su celda dando terribles aullidos, y que, despues de devorar una paloma, se retiró á su guarida. Creyó en un principio que esta visión era el presagio de alguna persecución contra la Iglesia, y oró mucho para que se le comunicaran nuevas luces. Efectivamente, dos dias despues vió en sueños á este dragón, y teniendo valor para quebrantar con sus pies la cabeza del animal, éste vomitó la paloma, que aún estaba viva.

Al despertar, llamó á su sobrina, pues hacía dos dias que no la habia oido cantar las alabanzas divinas; pero no obteniendo respuesta, comprendió la visión que habia tenido, y no le quedó duda de la desgracia que le habia ocurrido. ¡ Ah! exclamó, gimiendo y derramando abundantes lágrimas; qué desgraciado soy! Un lobo cruel me ha arrebatado mi rebaño: mi hija ha sido cautivada. Despues lanzando lastimeros ayes, dijo: Jesús mio, Salvador del mundo, devolvedme á mi querida María, traedla á vuestro rebaño, para que este dolor no acompañe á este anciano á la tumba. No desoigais, Dios mio, esta súplica: haced que yo experimente pronto los efectos de vuestra misericordia,

sacando de este dragón á la hija muy amada, que aún vive.

Los dos dias que mediaron entre la primera y la segunda vision representaban, según san Efrén, los dos años que esta desventurada jóven permaneció en el desórden: dos años que pasó su santo tio derramando constante llanto y orando incesantemente por su conversión. Al cabo de este tiempo supo el lugar á que se habia retirado, y el género de vida que hacía. No se trasladó personalmente á este lugar, sino que encargó á uno de sus amigos que lo hiciera para cerciorarse de la verdad. Hízolo éste, y á su regreso le confirmó todas las noticias que le habian dado. El Santo le rogó entónces que le proporcionase un vestido secular y un caballo, y colocando en su cabeza un sombrero grande, para no ser conocido, se puso en marcha, y se hospedó en la misma casa en que habitaba su sobrina. Pero no viéndola por ninguna parte, dijo al dueño de la casa, fingiendo cierta sonrisa: Me han dicho que vive aquí una jóven muy linda, ¿ no pudiera yo verla?

El dueño de la casa, admirado de que un hombre de avanzada edad le hiciera semejante pregunta, le dirigió algunas reconvenções; pero no obstante, hizo venir á la jóven, la cual apareció con unos modales que daban á conocer su género de vida. El Santo no pudo ménos de experimentar vivísimo dolor; miéntras que al sentarse María á su lado sintió ese olor celestial que exhala la pureza, y acordándose del tiempo en que la practicó con tanta perfección, exclamó con voz entrecortada por los sollozos. ¡ Qué desgraciada soy! El dueño de la casa se extrañó de estas palabras, y le preguntó la causa de su llanto, pues nunca habia dado señales de tristeza. Pero ella, sin dar explicación alguna, continuó diciendo: ¡ Ojalá me hubiese muerto hace tres años!

No era esto un enigma para su santo tio, quién, con-

tinuando en su disimulo, le dijo, que no era aquel momento oportuno para hablar de sus pecados. Pero pasado algún tiempo, y encontrándose solo con ella, se quitó el sombrero que le cubria casi todo el semblante, y le dijo con acento entrecortado por las lágrimas: ¿No me conoces, hija mia? ¿No soy yo Abrabam, que ha hecho para contigo los oficios de padre? ¿No soy yo el que te he criado? ¿Qué te ha sucedido, hija mia? ¿En donde está aquel hábito angelical que ántes llevabas? ¿En donde aquella hermosa virtud de la pureza? ¿En donde aquellas lágrimas, aquellas vigiliias y aquella compunción del corazón? ¿En donde aquel tiempo en que te acostabas en la desnuda tierra, y en que, postrada, elevabas continuas oraciones al cielo? ¿Como has caido desde las alturas de éste hasta las profundidades del crimen? ¿Porque no me descubriste la tentación, cuando el demonio te la suscitaba? Efrén y yo hubiéramos orado por tí á Aquel que puede librarnos de la muerte, y no habrias caido en la desesperación. Considera cuán grande es la amargura que durante tanto tiempo ha devorado mi corazón. Hija mia, solo Dios es impecable.

Miéntas que el Santo le hablaba de esta manera, ella atónita y llena de confusión, no osaba levantar sus ojos, cual si fuese una estatua de piedra. «¿Porque, hija mia, continuó el Santo, porque no me respondes? ¿No he venido yo á atraerte de nuevo al camino de la salvación? Yo respondo de tus pecados ante el tribunal de Dios: yo haré penitencia por tí.» Estas palabras dichas con la dulzura que sólo puede inspirar la caridad, y acompañadas de las lágrimas que el estado de su sobrina arrancaba de sus ojos, comenzaron á reponerla algun tanto de su sorpresa y abatimiento, hasta que al fin dijo: «Si no me atrevo á miraros á vos por la vergüenza que experimento, ¿como sintiéndome llena de crímenes, he de atreverme á invocar el santo nombre del Señor?»

«Ya te he dicho, querida hija mia, que yo respondo á Dios de tus pecados: tú no tienes que hacer más que seguir mis consejos, y volver á tu antigua morada: nuestro querido Efrén, que se halla muy afligido, intercederá por tí. Yo, pues, te pido que te compadezcas de este anciano, y que no te niegues á seguirme. — Sí, contestó la jóven, aún estoy en tiempo de hacer penitencia, y si el Señor tiene misericordia de mí, estoy resuelta á seguiros. Me someto enteramente á vuestra voluntad, y beso vuestras pisadas en reconocimiento de lo que estais haciendo para sacarme del abismo en que me hallo sumida.» — Concluidas estas palabras, se postró en tierra, apoyando su cabeza en los pies del Santo, y en esta actitud continuó el resto de la noche, derramando abundante llanto, y diciéndo al Señor: ¿Qué podré yo hacer, Dios mio, para manifestaros mi reconocimiento por las gracias y misericordias que me dispensais?»

Llegó, al fin, el momento en que empezaba á despuntar la aurora, y le dijo el santo anciano: «Levántate, hija mia, y partamos para nuestras celdas. — Aquí tengo, replicó ella, algún dinero, ¿qué hago de él? — Déjalo, le respondió el Santo; pues pertenece al demonio. — Hízola subir en su caballo, y como el buen pastor lleva á la oveja perdida, hizo el santo anciano su viaje con el corazón lleno de gozo. La encerró en la celda interior, miéntas que él se quedó en la exterior. María volvió á tomar su cilicio, y emprendió sus primeros ejercicios de penitencia; dejó penetrar su alma de la más viva compunción; perseveró en las lágrimas y en la humillación de corazón; castigó su cuerpo con vigiliias y ásperos trabajos de penitencia, en los cuales se ejercitó con grande gozo espiritual afligiéndose sin cesar, y gimiendo en la presencia del Señor con el más vivo sentimiento de compunción, acompañado de una tierna confianza en su misericordia, y para decirlo en po-

cas palabras, su conversión tuvo los caracteres de una sincera penitencia y de una contrición verdaderamente medicinal para curar las heridas del pecado.

Después de tres años de lágrimas y gemidos continuados, le dió Dios á entender por medio del don de milagros que le concedió, que su penitencia le habia sido agradable, y que sus crímenes le habian sido perdonados : pues con sus oraciones devolvió la salud á muchas personas. En cuanto al bienaventurado Abraham, pasó aún diez años glorificando al Señor por la conversión de su sobrina, y perseveró con admirable constancia la vida austera que habia practicado desde su ingreso en el estado monástico. Murió, al fin, á la edad de setenta años, y salió de este mundo, dice san Efrén, cual el corzo que se escapa de los lazos que se le han tendido, con un semblante lleno de gozo y de belleza, como indicando que los ángeles habian venido á tomar posesión de su alma.

San Abraham nació en el año 300 : se retiró á la soledad el 320 : perdió á sus padres y distribuyó entre los pobres los bienes que de ellos habia heredado el 330 : fué enviado y vivió en la aldea de los paganos del 330 al 334 : volvió á su soledad el 338. La caída de su sobrina acaeció el 358 : la volvió el camino de salvación el 360, y murió el 370. De este modo marca Tillemont las diferentes épocas de su vida. Todos los habitantes de Edesa concurrieron á su celda para presenciar sus funerales, apresurándose á tocar su cuerpo y á llevar consigo alguna reliquia. Se asegura que todos los enfermos que le tocaban quedaron sanos al punto. San Efrén, autor de la vida que hemos dado, escribió otra muy extensa, pero que no ha llegado hasta nosotros.

En cuanto á María, dice el citado san Efrén, que sobrevivió cinco años á su santo tío : que durante este tiempo se ejercitó en todo genero de penitencia y de vir-

tud con tanta contrición y fervor, que muchas personas, que, al pasar por su celda, la oían llorar y suspirar, no podían ménos de llorar y suspirar con ella. Al fin durmió el sueño de los justos, y en su rostro brilló un esplendor celestial, que obligó á todos los presentes á glorificar al Señor. Como tenia siete años cuando su tío se encargó de ella, y vivió veinte años en la piedad: como estuvo dos años en su pecado, y durante otros quince años continuó su penitencia, siguese que tenia cuarenta cuando murió en 375 ó 376. Los griegos celebran la fiesta de san Abraham y de su sobrina el 29 de octubre, y en el Martirologio romano se asigna al 16 de Marzo.

---

SAN AFRAATO, SOLITARIO EN EDESA Y DESPUES EN ANTIOQUIA <sup>1</sup>.

La gracia y la misericordia de Jesucristo brillan de una manera especial en san Afraato, al separarlo del seno del paganismo para hacerlo uno de los más ilustres solitarios, que florecieron en su tiempo, tanto en Edesa como en Antioquía. Era natural de Persia, de una familia muy ilustre, pero idólatra, y aún de raza de magos, es decir, de los maestros de la idolatría, y por consiguiente, de los más enemigos de la religión cristiana. La educación que recibió era conforme á la impiedad que sus padres profesaban; pero tuvo la dicha de abrir sus ojos á la verdad y de abrazarla con tanto ardor, que se consagró enteramente á seguir las máximas de la más estrecha perfección.

<sup>1</sup> Teodoreto, Vita PP.



Imp. de l'Imprimerie de M. Thiers

Gravé par Thiers

Table 5

San Afraate.  
St. Aphraate.